

elocuente las almas arrepentidas, por mucho que hayan pecado. *Yo no he venido del cielo, decía, á buscar á los justos, sino á abrazar y perdonar á los pecadores, pues los sanos no necesitan del médico, sino los enfermos* (1). Y es de notar que cuanto más escandalosos, cuanto más engolfados se hallaban éstos en el vicio, más compasión le robaban, y se sentía como obligado á acercarse á ellos y hacerse amigo suyo para convertirlos. ¿Tendré necesidad de recordar ejemplos de todos conocidos? Sólo dos quiero mencionar.

Dícenos San Juan en el capítulo cuarto de su Evangelio, que estando Jesús anunciando el reino de Dios en los pueblos de Judea, súbitamente y sin proveerse de mantenimientos, acompañado de algunos discípulos, encaminóse á la ciudad de Samaria. ¿Qué es esto, hermanas mías?... Jesucristo, incapaz de obrar apasionadamente; el Hijo de Dios, de quien proceden la equidad y la justicia (2), y á quien nada puede sorprender, ¿aprieta ahora el paso, como dominado por una idea fija, arrojando las molestias de un camino largo y penoso que cubre de copioso sudor su divino rostro y lo llena de congojosa fatiga, hasta el punto de tener que sentarse para descansar?... Algún negocio de importancia trae entre manos. ¡Oh!, sí, hermanas mías, negocio importante es y de suma transcendencia. Peligra un alma, y desea salvarla. ¿Un alma? ¿Será la de algún personaje de esclarecida alcurnia? ¿Qué decís? Esa alma es la de una mujer sin honra ni vergüenza; esa alma es la de una pecadora escandalosa, engolfada en los vicios más infames. Miradla: descarada, desenvuelta, procaz en sus modales, lasciva en sus vestidos y derramando perdición en sus andares, se acerca para llenar un cántaro de agua en la fuente de Jacob, á cuya vera

(1) Luc., V, 31; Joann., X, 10.

(2) Psal. CXVIII, 172; Psal. CX, 8; Prov., VIII, 14; Hebræ., I, 8.

se hallaba sentado el Salvador. Llena su cántaro, y al intentar volverse á su casa, Jesús la detiene diciéndola: *Mujer, tengo sed, dame de beber*. MULIER, DA MIHI BIBERE (1). Como si dijera: «Mujer desgraciada á quien deseo salvar á toda costa, tengo sed de tu conversión y arrepentimiento; dame tu corazón, dame tu alma». ¿Veis, hermanas mías, en qué aprecio tenía Jesús aun á los pecadores más infames?, ¿veis cómo los buscaba y les salía al encuentro, y cuántos sacrificios hacía para ganar sus corazones?...

Escuchad otro ejemplo. Había en la ciudad de Jericó, dice San Lucas, gran número de cobradores de los tributos públicos, llamados por ello publicanos, sinónimo de ladrones, tenidos generalmente por los judíos como infames. Pues bien: el jefe de esta generación odiosa era á la sazón un hombre llamado Zaqueo, que vivía de la usura y del fraude. Este hombre había oído hablar de Jesús; sabía que iba á entrar en la ciudad, y deseaba verlo; mas siéndole esto difícil á causa del gentío, por ser él de pequeña estatura, adelantóse corriendo, y ayudado de otros, subióse á un árbol para verlo. Llegado que hubo Jesús á aquel sitio, detúvose, y poniendo en Zaqueo sus ojos amorosísimos, díjole: *Zaqueo, baja al momento, apresúrate á bajar de ese árbol, porque me conviene hospedarme hoy en tu casa* (2). ¿Habéis oído, hermanas mías? *Me conviene hospedarme hoy en tu casa*. ¡Oh divino amador de los hombres! ¿A Vos conviene hacer esta visita? Pero, ¿sabéis en qué casa entráis? ¿Qué va á decir la gente que os acompaña, si os ven entrar á comer en casa de un gentil, de un usurero público, de uno de esos monstruos, afrenta del humano linaje, que se enriquecen á costa del pobre?... ¿Qué no oís el murmullo del pueblo y las murmuraciones de los fariseos? *Y murmuraban todos diciendo que había ido á hospedarse*

(1) Joann., IV, 7.

(2) Luc., XIX, 5.



en casa de un hombre de mala vida (1). Sí, murmurad cuanto queráis los que no conocéis el Espíritu de Jesucristo. «Decidme, exclama aquí San Pedro Crisólogo: ¿Adónde ha de ir el médico sino á casa del enfermo? El que ha perdido una piedra preciosa, ¿halla acaso dificultad en entrar en los lugares más oscuros, ni en revolver las materias más inmundas para dar con ella?...» Dejad, dejad obrar al Salvador del mundo. *Baja de ese árbol, Zaqueo, porque me conviene á mí entrar hoy en tu casa.* ¡Oh palabras amorosísimas! Grabadlas en vuestras almas, hermanas mías, las que dudáis, las que teméis con temor excesivo los rigores de este mansísimo Cordero (2) que busca á los pecadores y se entra Él mismo por las puertas de sus casas para abrazarlos á todos y derramar sobre ellos sus misericordias, como lo hizo con toda la familia de este afortunado gentil. Grabadlas, repito, en vuestros corazones, y sabed que la misma bondad mostró Jesús con Pedro que le negó (3), y con Pablo que persiguió encarnizadamente á la Iglesia (4), y con la mujer adúltera á quien públicamente defendió (5), y con Magdalena á quien tantos pecados perdonó (6), y con Mateo el publicano (7) y con Dimas el ladrón, poco antes de su muerte (8), y con otros innumerables que acudieron á sus plantas cargados de iniquidades, y levantáronse convertidos en amigos de Dios y herederos de su gloria... ¿No es verdad, hermanas mías, que estas consideraciones tan regaladas parece como que despiertan en el alma una ilimitada confianza en la misericordia de nuestro Dios?... «Cierto, decís, pero es que mi conducta no puede equipararse con la de ninguno de los pecadores

(1) Luc., XIX, 7.

(2) Isai., LIII, 7; Jerem., XI, 19.; Joann., I, 29-36; Act., VIII, 32.

(3) Matth., XXVI, 70-72.

(4) Act., IX, 4.

(5) Joann., VIII, 11.

(6) Luc., VII, 48; Matth., IX, 2;

(7) Marc., II, 14.

(8) Luc., XXIII, 43.

»mencionados; yo he sido mucho más ingrata que todos »ellos, porque he abusado de las gracias y dones de Dios, y »mis pecados, casi innumerables, son mucho más graves á »sus divinos ojos. ¿Qué será de mí?...»

Herманas mías, no paséis adelante. Cabalmente esperaba esta objeción para deciros en nombre de Jesucristo que, aun cuando alguna de vosotras hubiese cometido todos los pecados habidos desde el principio del mundo, no por ello debería desconfiar del perdón. Más aún, y esto parece increíble: seréis tanto más amadas, favorecidas y aun regaladas de Dios, cuanto más graves hayan sido vuestros pecados, si los detestáis con todo vuestro corazón y correspondéis á la gracia. ¡Ah! ¡Cuánto siento no poder extenderme en esta materia para consuelo de vuestras almas y de la mía! Pero algo he de decir. Leed el «Año cristiano», y en las vidas de los Santos hallaréis muchas plagadas de crímenes horrendos, de monstruosos pecados, lavados luego con lágrimas de verdadera penitencia que lograron amansar el Corazón de Dios y gustar la inefable dulcedumbre de su trato (1). ¿Quién de vosotras no tiene noticia de una María Egipcíaca, de una Pelagia de Antioquía, de una Angela de Foligno, de una Margarita de Cortona, todas ellas mujeres escandalosas, públicas pecadoras que constituían una verdadera plaga en la sociedad?... ¿Ninguna de vosotras ha leído la desgarrada vida de un Jacobo, de un Moisés, de un Eustaquio, de un Guillermo de Aquitania y de cien otros famosísimos pecadores que emplearon todas sus fuerzas y facultades en el servicio de Satanás, soltando la rienda á todas las pasiones, enfrascados por muchos años en los vicios más infames?... Y á pesar de ello, ¡con qué abundancia de inefables gracias y consuelos no fué galardonada por Dios su penitencia! ¿No

(1) Psal. XXX, 20; Psal. XXXIII, 9; Cant., II, 14; I. Petr., II, 3.



fué Angela de Foligno aquella afortunada penitente á quien se aparecía con frecuencia nuestro adorable Redentor, y con la cual se entretenía familiarmente contándola muy por menudo los acerbísimos dolores que padeció en su sacratísima Pasión, llevando su condescendencia hasta á reclinar su adorable cabeza en el pecho de esta pecadora?... ¿No fué Margarita de Cortona la que amó tanto á Jesús, después de su conversión, que logró verlo muchas veces y hablar con Él, como suelen hablarse dos amigos, y á la cual Jesús, con ternura infinita, solía llamar su pecadora? «Margarita, tú eres mi pe-» cadora—la decía,—y quiero servirme de ti como de lazo »para atraer á muchos pecadores á penitencia.»

¿No es cierto, amadas hermanas mías, que escuchando estos ejemplos el alma se siente como engolfada en el abismo sin suelo de las misericordias de nuestro Dios? Pues bien: ved aquí á vuestro Juez (1); este mismo Jesús tan tierno y tan amable, tan cariñoso y condescendiente, tan compasivo y misericordioso con los mayores pecadores, es quien ha de juzgarnos después de la muerte. ¿A qué vienen, pues, esas dudas, esas desconfianzas, esos temores tan exagerados?... Si creemos esto, ¿por qué no confiamos más en Jesús?, ¿por qué no nos abandonamos enteramente á su voluntad para descansar en ella confiadamente, como descansa el niño en los brazos de su cariñosa madre? Porque entrañas más que de madre tiene Dios para nosotros, como lo dice Él por Isaías: *¿Puede una madre olvidar á su hijo y no compadecerse del que salió de sus entrañas?... Pero aun cuando ella pudiese olvidarle, yo nunca podré olvidarme de ti, porque te llevo escrito en mis manos* (2). Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto más los religiosos, que ha recibido por suyos y les

(1) Eccli., XXXV, 15; Psal. XLIX, 6; II. Timoth., IV, 8; Act., X, 42.

(2) Isai., XLIX, 15; Jerem., II, 32.

ha dado espíritu y corazón de hijos (1), y hecho que dejen sus padres y que tomen á Él por padre? Con más razón y con mayor confianza que el Profeta podéis decir: *Dios se ha encargado de mí y de todas mis cosas, no me faltará nada* (2); *en paz dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia* (3).

Procuremos, hermanas mías, grabar en nuestros corazones esta confianza, mediante la sosegada consideración de estas verdades, porque es cierto que mientras con mayor confianza nos arrojáremos en Dios, más seguros y consolados viviremos; y por el contrario, hasta que llegemos á tener esta confianza filial, nunca lograremos verdadera paz de corazón, y sin ella todas las cosas nos turbarán y desmayarán. Acabemos, pues, de ponernos en manos de Dios y descansenos en Él, como nos lo aconseja el apóstol San Pedro, diciendo: *Arrojad en Dios toda vuestra solicitud, porque Él tiene cuidado de vosotros* (4); y el Profeta: *Arroja tus cuidados en el Señor, que Él te proveerá* (5). La razón es, porque *de sus manos benditísimas hemos salido* (6), y nada puede acontecer que no lo haya dispuesto ó permitido su adorable Providencia para el logro de sus fines, siempre amorosísimos. Por tanto, vengan calamidades y contratiempos; levántense ejércitos enemigos y presenten batalla en el terreno que gusten (7); multiplíquense las plagas y cubra el contagio la superficie del globo. Ninguno de estos males aparentes ha de infundirnos temor en lo sucesivo. *Con la conciencia tranquila, que constituye nuestra mayor gloria* (8), y puesta en Dios la confianza, no temamos desafiar al mundo ni al infierno, porque nada

(1) Rom., VIII, 15.

(2) Psalm. XXII, 1.

(3) Psal. IV, 9.

(4) I. Petr., V, 7.

(5) Psal. LIV, 23.

(6) Job., X, 8; Psal. XCIX, 3; Psal. CXVIII, 73.

(7) Psal. XXVI, 3.

(8) II. Corinth., I, 12; Rom., IX, 1; Hebræ., XIII, 18; Act., XXIV, 16; I. Petr., III, 16.



han de poder contra nosotros, mientras vivamos en gracia. Paz, hermanas mías, mucha paz en el corazón, mucha confianza en Jesucristo, y no temamos ni á la misma muerte, porque ella será la puerta que nos facilite la entrada en la patria de los bienaventurados.



VIDA DE FE

---